

Homenaje a la colonización portuguesa (1885)

(Texto de la propuesta y discurso de Costa)

Leer algo de Joaquín Costa sin conocer el contexto histórico, sin liberarse de ciertas visiones anacrónicas, fácilmente puede conducir a conclusiones un tanto simplistas. Es fácil analizar a un autor a cien años vista, lo difícil es comprenderlo bajo la visión que del mundo se pudiera tener en aquella época. Estudiar el colonialismo del s. XIX conociendo sus consecuencias a finales del s. XX no entra dentro de mis objetivos. El trabajo que me he propuesto es destacar determinadas ideas geopolíticas del autor, así como la visión que él poseía sobre el fenómeno colonial, en una época en que Colonialismo y Geografía tenían una gran relación.

Sirva de advertencia preliminar lo indicado en el párrafo precedente ¹. Aquí sólo se alude a un episodio circunstancial, un acto de afirmación de aspiraciones a participar en la colonización de Africa, posterior a la Conferencia de Berlín y al despliegue de las grandes potencias para posesionarse de territorios en aquel continente. En ese año, 1885, Inglaterra luchaba en el Sudán, sin perder de vista su penetración y acciones de protectorado en la región del Níger, en Bechuanaland, etc.; el Rey Leopoldo, como particular, adquiría títulos para la posesión de lo que sería el Congo Belga; Alemania tomaba posiciones y se instalaba en territorios de Tanganica y Zanzíbar.

Hemos visto la participación que tuvo Costa en la protesta contra Alemania². El asunto de las Islas Carolinas pendía de la decisión arbitral vaticana, y la opinión pública se había tranquilizado. Pero la voz de D. Joaquín resonaba con autoridad, señalaba objetivos concretos de Africa y buscaba recursos para promover exploraciones. Como Director de la *Revista de Geografía Comercial*, tarea a la que prestaba singular atención, como inspirador de quienes se movían en las proximidades del Círculo de la Unión Mercantil, empresarios, economistas, algún militar o marino, disponía de suficiente información para interpretar matices de cualquier aspecto de la actualidad internacional.

NOTICIAS DE LISBOA.—Los portugueses estaban celebrando con grandes demostraciones de júbilo el regreso de dos exploradores, Hermenegildo Capello y Robert Ivens.

Las noticias de Lisboa reflejaron el entusiasmo de la población cuando al regresar ambos viajeros «hicieron su entrada triunfal, en medio de una flota de vapores empavesados, tripulados por comisiones de todas las sociedades y corporaciones... El rey D. Luis, con sus hijos

y los Ministros, esperaba a los viajeros en el muelle, y los abrazó al desembarcar, en medio del más delirante entusiasmo». Hubo muchos festejos, solemne *Te-Deum*, condecoraciones, banquete en el palacio de Cintra, cierre de tiendas, iluminaciones, serenatas, ovaciones públicas, recepción en el Ayuntamiento, mensajes de felicitación, álbum monumental de firmas, nombres antiguos de calles sustituidos ahora por los de los viajeros, suscripciones nacionales, festejos nocturnos en el Tajo, medallas conmemorativas y, por supuesto, sesión extraordinaria de la Sociedad Geográfica para presentación del mapa y explicación de la ruta y los incidentes.

Capello y su compañero, después de informar y cumplir otros compromisos, pensaban seguir viaje por vía marítima de Lisboa a Burdeos, de donde pasarían a París y luego a Londres, pues debían establecer contacto con las sociedades científicas que les habían invitado expresamente.

OPORTUNIDAD DE LA INICIATIVA.—Costa comprendió la oportunidad de reforzar posiciones de interés común para ambos países, convenía poner de manifiesto, mediante un gesto amistoso, algo que fuera claro homenaje a la colonización portuguesa. Decidido a plantear el asunto, el 8 de octubre escribe a don Segismundo Moret, a la sazón Presidente de la Sociedad de Geografía y también del Ateneo de Madrid. Después de repasar las tentativas modestas iniciadas desde Fernando Poo, en busca de procurar apoyos y a ser posible facilitar algún punto de establecimiento, pasaba a exponer su idea: «... supuesta la necesidad de no dormirse ni un minuto, por ser la ocasión tan crítica, podría V. creo aprovechando el breve paréntesis que le dejan semilibre las atenciones del político... prestar otro servicio inmenso a España, en funciones de Presidente del Ateneo y de la Sociedad Geográfica». Y después de resumir la novedad de los avances portugueses, explicaba la necesidad de promover la acción común de España y Portugal para continuar las exploraciones, fundar estaciones intermedias del itinerario y celebrar tratados con los jefes de los Estados negros.

Por esta vez, don Segismundo reaccionó inmediatamente. El pensamiento le parecía excelente, entendiendo que la iniciativa debía partir de la Sociedad de Geografía. Y para hablar del asunto le citaba a su casa el domingo.

De la conversación entre ambos salió la decisión de que el mismo Costa, en su calidad de Vocal de la Junta, formalizara la proposición correspondiente que está fechada a 11 de octubre, según el borrador que tenemos a la vista³ y copiamos a continuación.

A la Junta directiva de la Sociedad Española de Geografía Comercial

Habiendo regresado a la Península, de su importantísima expedición en el Africa austral, los exploradores Hermenegildo Capello y Roberto Ivens, el Vocal que suscribe tiene la honra de proponer a la Junta que

se les dirija una carta de felicitación y bienvenida; se les nombre socios honorarios; se les invite a trasladarse a Madrid, con objeto de que, en una o varias sesiones públicas, hagan relación de los resultados comerciales y científicos conseguidos con su viaje; y se adhiera la Sociedad a los obsequios que se organicen en honor de los dos ilustres geógrafos portugueses.

El alcance de esta proposición es tan manifiesto que no necesitará entrar el suscribiente en largos desenvolvimientos para justificarla y decidir a la Junta a tomarla en consideración. No le mueve tanto la curiosidad científica cuanto el interés político-colonial de España.

La primera ventaja de la estancia en Madrid de los viajeros portugueses, habrá de ser familiarizar a nuestro país y muy señaladamente a nuestros estadistas, con las colonias africano-portuguesas, las cuales, como a la postre han de ser españolas, nos interesa que no se pierdan tanto como pueda interesarles a los mismos portugueses. España vive un presente propio y otro presente distinto Portugal, pero el porvenir les es común, y por esto no pueden ser indiferentes a la primera los problemas que se rocen con las posesiones coloniales del segundo. Por esto, necesitamos vigilar porque no se merme esa herencia en expectativa de nuestra patria. Por eso, urge que los partidos políticos inscriban en sus programas un principio análogo al que Monroe proclamó respecto de América: «Las colonias de España y Portugal para los portugueses y españoles». Por esto debemos salir a la defensa de las de Portugal con el mismo empeño que si fueran propias, independientemente y aún antes de que se consume, ni se inicie siquiera, la unión política. Pero esta conducta patriótica no se iniciará en España mientras no se penetren de sus ventajas los partidos; y nada más abonado para ello que promover una pequeña agitación a beneficio de las colonias portuguesas, ni momento más oportuno que el presente, en que se ha roto el encanto con que Alemania nos tenía supeditados a sus intereses coloniales, que estaban muy lejos de ser conformes con los de Portugal.

Todavía existe, en abono de lo que se propone, otra razón que nos afecta más directamente, si cabe, que la primera. Somos la potencia colonial que menos colonias posee en relación con la superficie de la metrópoli. Las colonias de Inglaterra miden 63 veces la extensión de las Islas Británicas. Las colonias francesas son cuatro veces más extensas que Francia. Las colonias de Portugal son 20 ó 30 veces mayores que Portugal mismo, cuatro o seis mayores que la Península. España, por el contrario, aventaja en superficie a todas sus colonias juntas, con ser tantas en número. Pues no obstante la ventaja que nos llevan, inmensa en la mayor parte de los casos, esas potencias todavía no están satisfechas, y lo mismo Francia, que Inglaterra, que Portugal, que Rusia, y a última hora, Italia y Alemania, se esfuerzan por adquirir más y más territorios, no en vista de sus necesidades presentes (pues ninguna de ellas puede abarcar hoy ni la mitad de los territorios que posee), sino en vista de sus necesidades futuras. Y como España se halla

en estado de progreso creciente, lo mismo en población, que en capitales y en industria; y como ha demostrado aptitudes colonizadoras parejas a las de Inglaterra y Rusia, superiores a las de Francia y aún de Portugal mismo, es de toda evidencia que España necesitará territorios más extensos que los que ahora posee, tan pronto como puedan necesitar Francia, Inglaterra o Portugal los que ahora están adquiriendo. Así, será política sabia, previsora y verdaderamente nacional, la que cuide con preferente esmero de adquirir y vincular en su patrimonio colonial la mayor extensión que sea posible de nuevos territorios, en la única parte del planeta donde todavía quedan grandes espacios libres, en Africa.

Hace dos años, solos dos claros extensos había en ese continente, a donde España por circunstancias varias pudiera llevar su acción con éxito seguro: Uno, en la zona ecuatorial, frente al Golfo de Guinea, costa e interior; otro, en la zona central, interior sin la costa, entre las dos grandes colonias continentales de Portugal.

De la primera se ha perdido hace poco más de un año la costa, ocupada por Francia, Alemania e Inglaterra, y puede darse por perdido también el interior, pues los elementos con que cuenta la expedición de los señores Montes de Oca y Osorio no darán para adquirir sino un territorio relativamente muy reducido. El problema, por tanto, se ha simplificado desgraciadamente desde el año último, en tal extremo que ya no podemos elegir. Si España quiere adquirir colonias algo vastas, tiene que concentrar su acción geográfico-política en el Africa austral, en la cuenca del Zambese, en la región explorada por Capello e Ivens en el año último y en el corriente. Portugal debiera anexionarse toda la cuenca de aquel río y los territorios adyacentes, hasta contar como propio el vasto cuadrilátero señalado por las desembocaduras del Congo, Cunene, Limpopo y Rovuma, que mide seis veces la extensión de nuestra Península; y al efecto, imitar los procedimientos de la Asociación Internacional en el Congo, creando una línea de estaciones a lo largo de dicho río. Pero las fuerzas de Portugal no alcanzan a tanto, y corremos el riesgo de que en un plazo muy breve, pasen esos territorios a poder de Inglaterra o de Alemania, que ya los flanquean, y aún de que no se lleven de camino las actuales colonias portuguesas del litoral, que son la llave de ellos. He aquí por qué España debería concertar una acción común con el gobierno de Portugal; y si Portugal la repugnaba, obtener su beneplácito para subrogarse en lugar suyo en los lugares de aquella vasta zona donde no se proponga él obrar.

Basta con esta indicación para que se comprenda el grado en que puede ser trascendental la visita de Ivens y Capello. Casi me atrevería a decir que nos era necesaria, para que aprendamos nosotros la índole de aquellos territorios y de sus pobladores y el espíritu de los Estados negros allí constituidos, para que aprendan nuestros políticos la importancia comercial presente y colonial futura de aquella región, y el camino que habría que seguir o las medidas que habrían de adoptarse para someterla a nuestro protectorado o al protectorado de Portugal o

al de una Institución mixta hispano-portuguesa; para que se inicien propósitos, se crucen impresiones, se tantee el terreno, etc.

En otro orden de ideas, significando el paso que se propone y los festejos que sean consecuencia de él, una cierta atención a los intereses de Portugal, un aplauso simpático a su iniciativa y una excitación desinteresada a sus energías nacionales, no hay que decir si puede contribuir a disipar las prevenciones con que nos mira y que imposibilitan la alianza de los dos pueblos, nacidas como una consecuencia lógica de imprudentes propósitos de unión inmediata, imprudentemente y con torpe insistencia sostenidos y dados a la publicidad durante treinta años.

Por todas estas razones y otras que el proponente no tiene tiempo de apuntar, pero que se ocurrirán fácilmente a la Junta, suplico a ésta que se sirva tomar en consideración lo propuesto en el primer párrafo de esta proposición.

LA INVITACIÓN.—Tan pronto fue aprobada la anterior propuesta, Moret, por telegrama a nuestra representación diplomática en Lisboa, trató de hacer efectiva la invitación formal. Gracias a esta diligencia se resolvieron las vacilaciones sin dificultad, y los dos portugueses accedieron a cambiar su plan de viaje y venir derecho a Madrid, para seguir luego a Francia por ferrocarril.

El llamamiento a adherirse al homenaje que hizo Moret, en nombre de la Sociedad Geográfica, tuvo buena acogida en los medios oficiales y académicos, en la prensa periódica, Círculo de la Unión Mercantil, etc. Pronto quedó esbozado el programa completo de la visita, a partir del viernes 23, recepción de los viajeros en la Estación de Delicias; solemne sesión en la Sociedad de Geografía (sede de la Academia de la Historia), el sábado a las 9 de la noche, con nombramiento de socios honorarios, resumen explicativo, exhibición de mapas y posterior coloquio; el domingo se celebraría el mitin en el Teatro de la Alhambra, y el lunes, banquete de gala. El precio del cubierto, 25 pesetas, da idea de la calidad y esmero del servicio.

Hubo otras manifestaciones: Función de ópera, con asistencia de la Reina, una recepción y ambigú en el Círculo Militar, y la visita de carácter privado al Rey don Alfonso, ya muy demacrado y doliente.

EL MITIN.—Presidió Moret y después de presentar los exploradores al auditorio y de encomiar los servicios que a ellos se debían, terminó ofreciendo el apoyo de España para conservar los descubrimientos de los portugueses. A continuación hablaron el señor Ivens y el señor Coello. Costa fue el último que hizo uso de la palabra.

EL DISCURSO.—Existen dos versiones de este discurso: La 1) es un borrador autógrafo; la 2), parece ser la transcripción del texto taquígráfico, posiblemente dispuesto para llevar a los periódicos. La primera versión es más extensa y puede entenderse que de ella se han suprimido unos cuantos párrafos centrales, por abreviar o suprimir aspectos ya

tratados por Moret o Coello. Por lo demás, las diferencias no suelen revestir mayor importancia, muchas veces se reducen al simple cambio de algún vocablo⁴.

El discurso en su parte expositiva se recibió con verdadero entusiasmo. Más adelante, cuando D. Joaquín reforzó por efecto de contraste las diferencias entre la colonización española y la de los portugueses, parte del auditorio lo interpretó como manifiesta exageración. Hubo signos de sorpresa y hasta alguna protesta, pues varios grupos y, entre ellos, los de militares y marinos, entendían que era injusta la calificación atribuida a la gestión española. Así se llegó al final con opiniones divididas, entre aplausos y protestas claramente perceptibles.

El supuesto texto taquigráfico del discurso es del tenor siguiente:

Señoras y Sres.:

Hace pocos días nuestro gobierno, con muy feliz acuerdo, ha otorgado a los Sres. Capello e Ivens la gran cruz de Isabel la Católica, como si al honrar así por vez primera, con una condecoración tan significativa a la geografía, en la persona de estos dos esforzados campeones de la civilización, hubiera tratado como de poner punto final a aquellos días nefastos que describía elocuentemente el Sr. Presidente, en que así portugueses como españoles se durmieron para despertar al cabo de tres siglos y encontrarse los pedazos de la nación dispersos por el planeta, acosados, mordidos, ellos por la piratería legal de los ingleses, nosotros por la piratería legal de los alemanes (bravo; prolongados aplausos). Pues allá en el fondo de esa placa pero muy hondo, tan hondo que sólo lo ven los ojos del espíritu, descubro yo el secreto de este entusiasmo que ha despertado en España la heroica travesía de los dos exploradores lusitanos.

Hubo allá en tiempos una reina con cien títulos ilustre y madre de un príncipe llamado por nuestra suerte a heredar las dos coronas de Castilla y Portugal, y apartado por nuestro infortunio de la herencia por la implacable muerte, y esa reina, en los postreros momentos de su existencia, flotando ya su espíritu entre la muchedumbre infinita de luminosas intuiciones propias de quien se acerca a la región de la perpetua luz y ha penetrado ya en la penumbra de la otra vida, vislumbró los destinos gloriosos de nuestra raza, y comprendiendo por misteriosa adivinación que el Continente Americano que una leyenda piadosa atribuyera al conjuro, que su patriotismo y que su fe no serían bastante para encerrar el basto espíritu de aquel pueblo castellano que a ella acompañara con sus simpatías y con su colaboración, en todas las empresas grandiosas que concibiera su genio, les señaló en su testamento como herencia otro continente que veis dibujado en este mapa.

Castilla ha repudiado esa herencia; Portugal la recoge. Los Sres. Capello e Ivens son los testamentarios de la gran reina; ahí tenéis lo que significan (prolongada salva de aplausos que interrumpe por algunos instantes al orador).

En el discurso admirable y elocuentísimo que habéis aplaudido con tanta justicia en labios del Sr. Ivens, tan ilustre orador como geógrafo ha hablado siempre, no en nombre de los portugueses sino en nombre de la Península Ibérica, de las expediciones que han llevado a cabo por el mundo, unos y otros, en pasadas centurias, de los servicios prestados por ellos a la civilización. Pero nosotros no debemos contentarnos, si hemos de demostrar que realmente despertamos, no hemos de contentarnos con aplaudir lo que hagan los viajeros lusitanos; necesitamos contribuir con ellos y cooperar con ellos en esta gran obra salvadora y por eso me permitirá la mesa, que ya que tengo que ser muy breve, pues sólo de pocos minutos puedo disponer, y ya que el Sr. Presidente ha tocado la nota geográfica y comercial de esta solemnidad de hoy, y ya que el Sr. Coello ha hablado de la nota geográfica e histórica, traiga yo aquí algo de nota política, la que llamaríamos nota utilitaria, que puede sacarse como latente del fondo de esta expedición de los ilustres viajeros portugueses.

Habréis oído decir muchas veces que los españoles, a pesar de tantas y tan graves desmembraciones como han sufrido sus dominios, desde los últimos días del siglo XVII, como potencia colonial somos una de las primeras. Yo siento tener que decirlo que somos la última. Las colonias inglesas miden 79 veces la extensión de Inglaterra; las colonias holandesas son 45 veces mayores que la extensión de Holanda; las colonias portuguesas miden 20 veces la extensión de Portugal, 4 veces la extensión de España; las colonias francesas miden 5 veces la extensión de Francia; las colonias españolas no miden 79 veces la extensión de España, ni 45 veces, ni 20 veces, ni 5 veces, ni 2 veces, ni siquiera una... todas ellas juntas no suman una superficie igual a la de la metrópoli; tenemos menos colonias que Inglaterra, menos colonias que Holanda; menos colonias que Francia; menos colonias que Portugal y no es esto todavía, Sres., lo más grave; lo más grave es que a pesar de esa ventaja inmensa que nos llevan, todavía no están contentos; aún procuran acaparar más y se desviven y se afanan por clavar su bandera en el mayor número posible de territorios, libres o no libres, y no porque los necesiten hoy, pues tienen más de lo que pueden abarcar, más de lo que pueden colonizar, más de lo que pueden explotar comercial o industrialmente, sino porque prevén que las necesitarán mañana y que mañana ya no habrá tierras desocupadas que ocupar en el planeta, y las naciones que se han dormido, como España en el momento crítico, aquellas naciones que como España hayan carecido de estadistas bastante previsores, bastante patrióticos para anteponer los intereses eternos de su raza y de su pueblo a los intereses perecederos de su partido, esas naciones luego que hayan ocupado su corto patrimonio colonial tendrán que enviar los excedentes de su población a tierras de Francia, a tierras de América, donde se desnaturalizarán como se están desnaturalizando ya los italianos que van a colonizar pueblos muy remotos y los alemanes que van a colonizar las regiones de los Estados Unidos. Por esto, Sres., urge

muchísimo que nos apesuremos a imitar a esas potencias; por esto, el viaje de los Sres. Capello e Ivens y el partido que de él se proponen sacar de su nación y su gobierno encierra para nosotros una lección de tal valor y de enseñanza tal que mereceríamos que el nombre y la memoria de nuestra nación se extinguiese un día en la historia, si dejáramos que el viaje de los Sres. Capello e Ivens y la visita que nos han hecho se extinga con los últimos aplausos de este meeting, pues entonces España habrá demostrado que al principio de su historia fue una nación gloriosa, pero que la generación actual es indigna sucesora de aquellos gloriosos hombres que remontaron tan alta su bandera, que no parecía sino que después de haber envuelto entre los pliegues de la bandera roja y amarilla, corran aún en busca de nuevos astros que ofrecer al genio inmortal de nuestra raza (repetidos aplausos).

Esto quisiera yo, Sras. y Sres. que nos dejara la visita con que nos han honrado los Sres. Capello e Ivens, pero quisiera que nos dejaran algo más. Voy a decirlo con la circunspección a que me obliga la solemnidad de este acto y la delicadeza del asunto.

Los Sres. Capello e Ivens vienen de Portugal, pasan por España, van a Francia. Pues esa línea que triunfalmente recorren de Lisboa a París y desde París a Lisboa me la represento yo aquí en la fantasía, en la imaginación como un anillo espiritual que viene a sellar en nuestras almas las nupcias de esas tres naciones con una alianza triple (muy bien, muy bien) capaz de contrarrestar la influencia del Norte en el Continente y escuadras del Reino Unido en el Occidente (generales muestras de aprobación y aplausos). La ocasión, Sres. no puede ser más propicia para llevar al terreno de los hechos esta idea, pues acaban de desaparecer los obstáculos que podrían oponerse a su realización. Era preciso que desapareciese la alianza de Inglaterra y Portugal y de romper esta alianza se han encargado los ingleses mismos con hechos altamente significativos, pero que yo no puedo calificar aquí, tal como el tratado de Portugal sobre el Congo, el tratado de Lorenço Marques y las insolencias del Diputado Jacob Brig en la Cámara de los Comunes; era preciso que desapareciese la alianza de España con Alemania, y de romper esa alianza se han encargado los mismos alemanes, a la cual no debemos guardar rencor alguno, sino lo contrario, estarles eternamente agradecidos por el favor inmenso que nos han hecho apartándonos de su lado, más que por malicia por inadvertencia. Es preciso que desaparezcan los odios seculares que mantuvieron divorciados a los españoles y a los franceses hace once siglos, y esos odios han ido cediendo en estos últimos años el lugar a los sentimientos fraternales de simpatías cordiales, tanto más duraderos y profundos cuanto que no han sido la obra de combinaciones diplomáticas entre dos Gobiernos, sino que son frutos de un movimiento intuitivo casi inconsciente entre dos pueblos.

Era preciso que desaparecieran las preocupaciones ibéricas con que nos despertamos a un tiempo españoles y portugueses, en el punto donde nos dejaron el Conde Duque de Olivares y el gran Maestre de

Albuquerque; y estas preocupaciones se han ido desvaneciendo al calor de las vivas a Camoens y a Calderón, entre los festejos de la visita de los Reyes de Portugal a Madrid, y, sobre todo, ante la locomotora que pasa a todas horas de uno a otro país, y aquellos silbidos estridentes y agudos, más que voces de aviso parecen gritos de sorpresa y de burla por no encontrar en parte alguna esa frontera que ha mantenido dividido, por odios imaginarios y por espacio de tantos siglos, la Unión Ibérica (bravo, bravo, repetidos y prolongados aplausos).

Y cuenta que necesito poner otra especie de correctivo a lo que sobre la alianza dije: Si hubiera sido posible, yo no sé si le hubiera convenido a España, pienso que no, pero de seguro y en ningún caso le hubiera convenido a Portugal. Pueblo éste de una educación social y política infinitamente superior a la nuestra, todo lo que hubiera podido ganar en el orden de su vida exterior, en transformarse de pequeña nacionalidad en gran potencia, lo habría perdido con exceso en su bienestar individual, en el instante de ponerse en contacto con nuestras depravadas costumbres políticas y administrativas.

Acaso habrá algunos todavía que ignoren que la vida pública de Portugal es una verdadera academia práctica, donde los españoles podríamos aprender los resultados y los efectos de esa reforma política que nuestros partidos pregonan siempre y no realizan nunca. Allí los obispos se hallan afiliados en gran número a los partidos liberales; allí no se conocen los pronunciamientos. Ellos no se sublevan legítimamente, ni conspiran los republicanos; allí los conservadores son más liberales que el partido más liberal de España, y a tal extremo se llega que jamás necesita un orador bajar de la tribuna al público para consultar a una determinada persona lo que debe decir para darle gusto; a tal extremo, que cuando Juntas ha subido a las gradas del poder y que es el Jefe del Partido Conservador, a quien en Portugal suele llamarse para elogiarle el Cánovas portugués, ha introducido reformas que aquí aún causan a algunos verdadero espanto, tales como la autonomía municipal, la abolición de la pena de muerte y otras reformas de esa importancia; allí el progreso jurídico ha ido tan lejos que han llegado a la codificación civil, que todavía entre nosotros es un problema; allí la libertad de imprenta es una realidad y no una frase facciosa y rebelde? Pero, señores, la alianza ya es otra cosa, con ella los portugueses no perderían ninguno de esos bienes que tienen en tanta estima y que se logran con más facilidad que en ninguna parte en esas pequeñas nacionalidades y, en cambio, ganarían lo mismo que inquisidores y de reyes absolutos que llevamos todavía en el pecho el quemadero y cuya actitud enfrente de las leyes es la actitud todavía facciosa y rebelde? Pero, señores, la alianza ya es otra cosa, con ella los portugueses no perderían ninguno de esos bienes que tienen en tanta estima y que se logran con más facilidad que en ninguna parte en esas pequeñas nacionalidades y, en cambio, ganarían lo mismo que nosotros, las ventajas inherentes a la condición de gran potencia; la entrada en los congresos europeos, la intervención activa con voz y

voto en la resolución de las cuestiones relacionadas con el mar Mediterráneo, con el Canal de Suez y con la cuestión de Oriente, que nos interesa a los españoles y a los portugueses tanto como pueda interesarles a Italia y Francia, mucho más que pueda interesar a Rusia y a Inglaterra, el no tener que aventurar a los azares de un arbitraje la herencia de nuestros padres como tuvieron que aventurarla los portugueses en 1875, con respecto a la cuestión de Lorenço Marques, disputadas por Inglaterra y como hemos tenido que aventurarla nosotros en 1885 con respecto a las Carolinas, disputadas por Alemania. Ganaríamos el que cuando otra vez Alemania nos pregunte con qué título posee a Manila o a Fernando Poo, o Inglaterra pregunte a Portugal con qué títulos posee el imperio del Congo, poderle contestar como contestó el Cardenal Cisneros a la nobleza que le preguntaba en virtud de qué títulos gobernaba los intereses de Castilla. «¿Con qué títulos? no de papel, sino de acero; cañones y fusiles, ametralladoras, buques blindados; que son los únicos títulos valederos en estos días de crisis para el derecho de las naciones y el único argumento a que se someten las voluntades dominadas por la soberbia y deslumbradas por el triunfo (bravo, repetidos aplausos).

No quiero entretener más a la mesa y al público, no sé si he acertado a expresar, no lo que querían otros, sino lo que deseaba decir; y sin tiempo para resumir las notas dispersas en mi discurso, ni para ocuparme de la expedición, voy a resumirme a mí mismo en estos gritos: Viva Campello e Ivens, maestros en geografía de la nación española; viva Portugal, dueña y soberana de toda la cuenca del Zambeze; viva la triple alianza de España, Francia y Portugal. (Esos gritos son calurosamente contestados por el auditorio que aplaude entusiasmado al orador.)

NOTAS

- ¹ José Baila Serrado, ver referencias en fichero de autores.
- ² *Anales*, núm. 4.
- ³ A.H.P. Huesca, núm. 9.254.
- ⁴ A.H.P. Huesca, caja 111, carp. 109.9 y Archivo de Graus, leg. 81 b.

